



1E-7

DOCUMENTACION

KAROL WOJTYŁA

LA NATURALEZA HUMANA COMO BASE DE LA FORMACION ETICA ¹

Karol Wojtyła

Resumen, preparado por Wojtyła, de la conferencia que dio el 19 de febrero de 1959, durante la Segunda Semana Anual de Filosofía, en la Universidad Católica de Lublin.

I

Los temas éticos están siempre en constante demanda; de todas las disciplinas filosóficas, la ética es quizá la más intrigante para el común de la gente. El concepto de ética está relacionado con toda una serie de problemas prácticos vitales. Todos estamos familiarizados de una forma u otra con estos problemas por nuestra propia experiencia y observación. Y debido a que estos son problemas internos – de los que derivan su misterio y su intimidad – y, al mismo tiempo, problemas críticos y dramáticos, fácilmente tornamos a ellos nuestros pensamientos. Sin embargo, debo decir de inmediato, que hablar de moralidad, incluso de una manera profunda, inteligente y perspicaz es una cosa, y procurar la ética es otra. La ética es parte de la filosofía.

¹ Traducido por Angel C. Correa de la versión inglesa, 'Human Nature as the Basis of the Moral Norm', publicada en el libro 'Person and Community, Selected Essays of Karol Wojtyła', Edición Peter Lang, 1993, que forma parte de la Colección 'Catholic Thought from Lublin' (Pensamiento Católico de Lublin).

Esto significa que tiene la ética misma orientación que la filosofía en general. Esta orientación de la filosofía fue descrita por Aristóteles, que veía la filosofía como una ciencia que trata de presentar y explicar todos los problemas a la luz de los principios más altos.

Pero además, la ética tiene su propio objeto. Para iluminar este objeto, será mejor proceder a partir de las preguntas con las que comienza toda la reflexión ética – toda la reflexión filosófica en el ámbito de la ética. Ellas son:

- 1) ¿Qué hace que el ser humano y los actos humanos sean buenos, y que los hace malos?
- 2) ¿Qué da al ser humano la bondad completa, es decir, la felicidad?

Estas son preguntas que todos de alguna manera nos hacemos. Los filósofos morales también comienzan a partir de estas mismas preguntas, excepto que desarrollan las reflexiones que llevan a las respuestas no de un modo pre-científico, sino de una manera científico-filosófica, empleando los métodos utilizados por la filosofía.

*La ética tiene la misma orientación que la filosofía en general. Trata de responder a estas preguntas básicas a la luz de los principios más altos. Su función propia no es establecer normas, sino justificarlas. La ética no está involucrada en dictar sentencias en el ámbito de la conducta, del mismo modo que, por ejemplo, la gramática no está involucrada en dictar sentencia en el ámbito del lenguaje. La tarea de la ética es solamente justificar las normas, que en sí mismas son algo vital – se podría decir existencial – porque ellas están conectadas con personas y sociedades realmente existentes. **La fuente de las normas se encuentra en la ley natural, que no es una ley escrita.** El creyente encuentra la fuente de las normas éticas en la revelación, que en gran medida confirma la ley natural. La revelación es, por su parte, una fuente escrita.*

II

La naturaleza es equivalente a la esencia de una cosa, entendida como la base de la actividad de esa cosa. Si examinamos un ser realmente existente, con pleno respeto a su esencia, vamos a tener que estar de acuerdo, por una parte, en que la actividad de este ser es una extensión

de su existencia (*operari sequitur esse*), y, por otra, que el contenido de esa actividad es una expresión o exteriorización de su esencia. Así nos encontramos en la actividad del ser con los mismos dos aspectos que encontramos en el ser mismo. La actividad como actividad es una especie de extensión de la existencia, una continuación de la existencia. La actividad, como contenido particular que se realiza al actuar, es una especie de exteriorización o expresión de la esencia del ser. Y así, cuando decimos, por ejemplo, que “un animal actúa,” significamos algo completamente diferente a cuando decimos que “un ser humano actúa”. Esto se entiende, puesto que son dos naturalezas diferentes las que se encuentran en la base de una y otra actividad. La actividad es diferente en cuanto a su contenido, pero dado que la esencia está estrictamente conectada con la existencia, la actividad también es diferente como expresión o continuación de la existencia.

En la ética, nos ocupamos de las acciones humanas (*actus humani*). No estamos realmente interesados – excepto quizás sólo indirectamente – en cualquier *actus hominis*, es decir, en cualquier actividad humana que tiene una cierta similitud con la actividad de los animales; en otras palabras, sólo estamos indirectamente interesados en los fenómenos que tienen que ver con la vida sensitiva y vegetativa del ser humano.

Decir que el ser humano es un ser racional es decir también que el ser humano es una persona. El ser humano es una persona por naturaleza. Boecio dice que una persona es un individuo de naturaleza racional. Sólo tal naturaleza – la naturaleza racional – puede ser la base de la moralidad. Y la persona es un individuo de naturaleza racional.

¿Qué significa “ser la base de la moralidad”? El concepto de moralidad se relaciona con el bien y el mal moral, con la ocurrencia de bien y el mal moral en un sujeto determinado, es decir, en una persona. La persona no sólo es el sujeto en el que se producen el bien y el mal moral, sino también la «*causa eficiente*» de ese bien y ese mal. Este es el sentido en el que la persona, un individuo de naturaleza racional, es la base del hecho – o, en cierto sentido, del fenómeno – de la moralidad.

III

¿Por qué sólo una persona es sujeto de la moralidad? ¿Por qué sólo una naturaleza racional es capaz de ser la base de la moral? Porque la razón está relacionada con ser una persona. *La razón no es sólo la capacidad de formar conceptos generales y emitir juicios. Es también la capacidad de conocer la verdad;* es en cierto sentido una relación natural con la verdad. Es la capacidad de conocer – entre otras cosas – la verdad con respecto al bien y la verdad con respecto a los bienes.

Lo bueno está siempre relacionado con poderes *apetitivos*, que difieren por completo de las facultades *cognitivas*. El deseo, en sí mismo, es ciego a la verdad; para el deseo, como deseo, no existe una relación con la verdad. Incluso la voluntad, como potencia apetitiva, no tiene una relación con la verdad. Pero a pesar de que la voluntad, como fuente del deseo, es ciega a la verdad, todavía es susceptible y dócil a la verdad. Santo Tomás llama a la voluntad *appetitus rationalis*, es decir, el tipo de potencia apetitiva que tiene una conexión natural y más íntima con la razón y su relación natural con la verdad. Y es precisamente este elemento – la presencia del *appetitus rationalis* en el ser humano – el que, desde el punto de vista estructural, es decisivo para el hecho de la moralidad.

La moralidad existe debido a esta posibilidad de subordinar a la verdad la relación con diversos bienes. El ser humano es por naturaleza racional, es una persona, un individuo de naturaleza racional, de modo que la moralidad es, para él, algo natural y necesario. Un ser humano debe subordinar a la verdad los diversos bienes con los que él o ella se relaciona en la actuación, y, por tanto, también debe subordinar a la verdad dicha actividad en sí misma. La moral es un aspecto irrevocable de los actos humanos (*actus humani*).

IV

Del mismo modo que la razón es una propiedad de la naturaleza humana, la libertad es a su vez una propiedad de naturaleza racional. *Tanto la razón como la libertad son signos de la personalidad.*

La libertad de la voluntad es una condición de la moral debido a su conexión natural con la razón. La razón es la capacidad de conocer la verdad;

se trata de una relación natural con la verdad. La libertad de la voluntad está conectada de forma íntima y natural con esta relación con la verdad. Como resultado, la voluntad se enfrenta a la “necesidad” de elegir, ya sea un bien verdadero o un bien falso. La elección es un acto de voluntad, porque la voluntad es un *appetitus rationalis*. Y porque la razón (*ratio*) existe en relación natural con la verdad, se insinúa a sí misma, de alguna manera, en el objeto de la opción. Cuando el objeto de la elección – es decir, cuando el objeto de un acto voluntario de la voluntad – es un verdadero bien, entonces la acción humana es moralmente buena. Cuando el objeto de un acto consciente y voluntario de la voluntad es un bien falso, entonces la acción humana se convierte en moralmente mala.

Debido a que la razón y la voluntad son propiedades de la naturaleza humana y, por ello, propiedades de cada persona humana concreta, una región de la verdad completamente separada se abre en el ser humano, a saber, la verdad con respecto al «bien». El contenido de una norma es básicamente la verdad sobre un bien, esto es, una proposición que afirma “A es bueno y B es malo”. Esta proposición afirmativa se dirige a la voluntad; es, por así decirlo, propuesta a la voluntad. Se apodera, por ello, del dinamismo natural de la voluntad y evoca una orden o una prohibición.

La formación moral del ser humano implica una formación a través del bien moral. El ser humano es formado a través del bien moral. Y se podría decir de manera paralela que el ser humano se deforma a través del mal moral. La formación moral tiene matices principalmente positivos: se conecta con el bien. Su antítesis es la deformación a través del mal moral. Al decir que el ser humano se forma a través de bien moral, presuponemos una cierta propiedad de la persona humana, en general, y de la voluntad, en particular. Para ser capaz de ser formado por el bien moral, el ser humano debe estar de alguna manera dispuesto a ello, debe ser susceptible a tal formación, así como para tal deformación. En consecuencia, el ser humano debe tener una potencialidad especial que lo condiciona y hace posible tal formación y deformación. Esta potencialidad será principalmente un atributo de la voluntad.

Creo que concebimos la voluntad demasiado unilateralmente cuando la entendemos sólo como un poder eficiente (como lo hizo, por ejemplo, Narziss Ach y otros psicólogos), un poder que es solamente un iniciador de actividad. Los hechos morales y la vida moral del ser humano nos obligan a ver la voluntad de manera algo diferente: la voluntad no es sólo un poder eficiente,

un poder que da lugar a la acción, sino también una especie de capacidad de llegar a ser. El *libre albedrío* es ese poder de una naturaleza humana individual concreta, el poder de una persona, en virtud del cual la persona se convierte en moralmente buena o mala.

Este llegar a ser – o, si se quiere utilizar un derivado del Latín, esta formación o deformación – de la voluntad y de la persona se realiza en cierta medida a través de cada acción humana, independiente de que tenga un valor moral específico, es decir: a través de cada acto bueno y de cada acto malo.

La voluntad puede llegar a ser buena o mala, no sólo «actualmente» sino también «habitualmente». Un valor moral bueno o malo puede llegar a fijarse en la voluntad – y aquí entramos en el terreno de las virtudes y los vicios, un área en que la *Summa* de Santo Tomás comprende un extenso tratado, *De habitibus*. El bien moral y el mal moral pueden llegar a ser cristalizados en la voluntad de una manera duradera y habitual. La voluntad puede llegar a ser formada o deformada de manera duradera. Al llegar a formarse de una manera duradera, la voluntad adquiere ciertas virtudes; al llegar a deformarse, adquiere vicios.